

## Felipe y los globos contra las palomas (y al parecer contra las leyes de la Física)

**Fernández, Norma Del Valle**

DNI: 47.350.875

IPEM 270 "General Manuel Belgrano"

6° año de Naturales

Ciudad de Córdoba, Provincia de Córdoba

ee0320007@me.cba.gov.ar

Categoría E

En un barrio cualquiera de una ciudad, en una provincia de un país, vivía yo, Mirko, junto a mi mejor amigo y vecino, Felipe. A primera vista, Felipe no tenía nada de extraordinario; ni una habilidad especial, ni algo que lo distinguiera del resto de los chicos. Pero había una peculiaridad que lo hacía diferente: su odio irracional a las palomas. Y sí, sé lo que están pensando: ¿Palomas? ¿Cómo alguien puede odiar a las palomas? Parece raro, lo sé, pero si conocieran su historia, quizás lo entenderían.

Todo comenzó cuando Felipe nació. Según cuentan, una paloma intentó llevárselo. Claro, suena absurdo, pero esa historia quedó grabada en la mente de sus padres. A los tres años, cuando estaba feliz disfrutando de un helado, una paloma se lo robó. A los cinco, el mismo destino tuvo su sándwich. A los siete, se contagió de varicela, y aunque yo estoy convencido de que fue mi primo Lucas quien lo enfermó, Felipe jura que fue una paloma. Dejemos que lo crea, al fin y al cabo. Cuando cumplió ocho, una bandada lo picoteó sin razón aparente. Y para coronar su desgracia, en su cumpleaños número nueve, otra bandada arruinó la fiesta con un ataque aéreo... si entienden lo que quiero decir.

Para entonces, Felipe estaba convencido de que las palomas tenían algo en su contra. No solo le arruinaban cada cumpleaños, sino que él estaba seguro de que lo seguían y le hacían maldades durante todo el año. Dondequiera que iba, las palomas lo

picaban, le robaban la comida o, peor aún, lo usaban como objetivo para... otras actividades. Por eso, desde entonces, Felipe siempre lleva una gorra.

Cuando se acercaba su cumpleaños número 12, Felipe decidió que ya era suficiente. Tenía que poner fin a su tormento. "Voy a enseñarles a las palomas quién manda", me dijo un día, con una determinación que me hizo pensar que no hablaba en broma. "¿Y cómo piensas hacer eso, Felipe?", le pregunté con incredulidad. "Si desde que tienes memoria, ellas siempre te ganan". Pero Felipe, siendo Felipe, no iba a abandonar su plan, por más disparatado que fuera.

Su primera idea le vino cuando vio a Laura, la chica que vivía enfrente, jugando con globos de agua. Notó que las palomas que estaban cerca se espantaban y salían volando. Entonces, sin pensarlo dos veces, corrió al kiosco, compró una bolsa de globos de agua, los llenó y se preparó para atacar a las palomas que reposaban sobre los cables de la calle.

Lo que Felipe olvidó es que la física no es su fuerte, y también olvidó un pequeño detalle: "todo lo que sube tiene que bajar". ¿Ya se imaginan lo que pasó, verdad? Aplicando la primera ley de Newton y el tiro vertical, claro... el peso actúa como la fuerza externa que modifica el estado de movimiento del globo; y así los globos de agua que lanzó volvieron a caer... justo sobre su cabeza. "Felipe", le dije, "entiéndelo, ellas están allá arriba, y tú aquí abajo. Nunca les vas a ganar desde el suelo". Pero olvidé dos cosas importantes: primero, que estaba hablando con el terco más terco que he conocido, y segundo, que la situación podía volverse aún más ridícula.

En la mente de Felipe ya estaba cocinándose otra idea. Si no podía derrotarlas desde la tierra, tendría que ir a su territorio, al cielo. Así que, decidido, volvió al kiosco, compró diez bolsas de globos de látex y un rollo de hilo. Su plan era tan sencillo como absurdo: atarse los globos y flotar para enfrentarse a las palomas en el aire. Pero cuando

infló los primeros globos, descubrió que no flotaban, y aquí fue cuando Felipe se detuvo por un momento a investigar. No podía ser que los globos no lo llevaran al cielo, después de todo, había visto globos flotando antes, como los de las fiestas. ¿Cuál era la diferencia? Entonces, tras buscar información en Internet y preguntarle a algunos amigos, descubrió algo importante: para que un globo flote, no basta con llenarlo de aire normal. Necesitaba helio, un gas más liviano, (menos denso) que el aire.

El aire está compuesto principalmente de nitrógeno y oxígeno, que son más densos que el helio. Cuando llenas un globo con helio, el globo desplazará una cierta cantidad de aire, pero el helio en su interior pesa menos que el aire desplazado. Como el helio es menos denso, el peso total del globo lleno de helio (incluyendo la goma y el hilo) es menor que el peso del aire que desplaza. Esta diferencia genera una fuerza de flotación hacia arriba que supera el peso del globo, lo que hace que el globo se eleve.

De acuerdo con el principio de Arquímedes, la fuerza de flotación que actúa sobre el globo es igual al peso del volumen de aire desplazado por el globo. Como el helio pesa menos que el aire desplazado, la fuerza de flotación es mayor que la fuerza hacia abajo, ósea el peso obtenido de multiplicar la masa por la aceleración de la gravedad; que actúa sobre el globo, y por eso el globo flota.

Felipe estaba convencido de que con esa información clave su plan funcionaría.

Claro, antes de llegar a esa conclusión, Felipe intentó una alternativa aún más loca: trató de replicar el mecanismo de los globos aerostáticos, calentando el aire dentro de los globos. Pero olvidó que no tenía un globo aerostático, sino globos de látex, que no están hechos para soportar tanta presión. Cuando el aire dentro del globo se expandió por el calor, el globo explotó en su cara. Obviamente, su primer intento fue un desastre porque no entendía cómo funcionaban los globos aerostáticos.

No se rindió. Como buen terco, Felipe consiguió helio. No me pregunten de dónde, es mejor no saber. Infló los globos uno por uno, pero no le parecieron suficientes 99 globos, así que compró más, hasta llegar a los 100.000 globos. Sí, leyeron bien, ¡100.000! ¿De dónde sacó el dinero para comprar tantos globos? No lo sé. Y tampoco entiendo por qué pensó que esa cantidad lo haría flotar, pero así era Felipe: una mezcla de obstinación y locura.

Llegó el gran día. Felipe estaba decidido a flotar con sus 100.000 globos de helio y, finalmente, derrotar a las palomas en su propio terreno. Todos los chicos del barrio nos reunimos en su patio para ver su gran hazaña. Traté de advertirle una vez más que no iba a funcionar, que las leyes de la física estaban en su contra, pero él no me escuchó. Y sin más, saltó desde la tapia de su casa, atado a los globos.

Ahora sé lo que están pensando: "¿Felipe logró vencer a las leyes de la física y a las palomas?" La respuesta es, como ya imaginarán, un rotundo no. Por muy disparatado que sea este cuento, respetamos las leyes de la física, y la gravedad no es algo que se pueda ignorar. Así que, obviamente, Felipe no flotó. Cayó al suelo, en caída libre, se quebró el pie y terminó pasando su cumpleaños en urgencias. Como si fuera poco, durante su estadía en el hospital, le dio paperas.

¿Logró vencer a las palomas? No. ¿Volverá a intentarlo? Quién sabe, pero por un buen tiempo parece que no. ¿Aprobó física? Tampoco. Se la llevó a febrero. Pero, ¿saben qué? Yo le hago el aguante, porque, al fin y al cabo, Felipe es mi mejor amigo. Y aunque sus ideas sean ridículas y siempre terminen en desastre, es imposible no quererlo.

Y así, esta fue la historia de Felipe, el chico que le declaró la guerra a las palomas... y perdió.

FIN.